

mas el grabado y el arte de vidriería le ocupaban igualmente. Ningun otro ha producido en tan tierna edad obras tan duraderas.

Publicó láminas sobre cobre de su propia invención á la edad de nueve años.

Los ejemplares que se encuentran todavía no tienen fecha, como otras muchas piezas que hizo despues; y esto ha embarazado mucho á los historiadores. A los doce años pintaba al temple la leyenda de San Huberto para un señor de Lockhorst: quedó tan contento el aficionado que le dió doce monedas de oro, tantas como años tenía. Representó poco despues en cobre á Mahomet borracho dego-

llando á un monge (1508); y dió á luz nueve estampas circulares en que retrató los episodios de la Pasión (1509).

Una agradable variedad de posturas, de trages, de tipos, y de espresiones distinguía sus personajes. No fué menos fecundo á la edad de diez y seis años.

Vigiló la tirada de sus grabados con extremo cuidado; y si notaba el menor defecto, la menor mancha, los echaba al fuego. La misma atención puso en sus colores, no queriendo que la mala calidad de los materiales perjudicase á su destreza.

Lucas de Leyde se casó muy joven, sin que se sepa á punto fijo en qué año. Su muger era de una noble y rica



Fac-simil de un grabado de Lucas Leyde, en 1512.

familia, la de Boschvizen. Casi inmediatamente tuvo una hija que le hizo abuelo algunos días antes de su muerte.

Hacia la misma época, habiendo llegado á los Países Bajos el emperador Maximiliano, dibujó al lápiz su retrato nuestro artista, y despues lo grabó sobre cobre. Este es el retrato mas estenso y mas hermoso que ha trazado.

Su fama crecía de día en día, y se propagaba por toda la Europa. Sus estampas preocupaban vivamente á Alberto Dürero. Una noble emulación escitó al uno y al otro á trabajar mejor. Querían escederse mutuamente, y mas de una vez se convinieron en tratar los mismos asuntos.

SEGUNDA SERIE.—1837.

En 1520 habiendo visitado el artista alemán los Países Bajos se propuso ir á pagar su visita á su cortés antagonista en su país natal, cuando le encontró sobre las orillas del Escalda en Amberes.

Su corta estatura y la debilidad de toda su organización le asombró en extremo. No podía creer que un hombre tan endeble tuviese tanto talento: lo cogió en sus brazos para verle mejor, y los dos se dieron un beso fraternal. Lucas de Leyde convidó en seguida á comer al pintor de Nuremberg. No se separaron sin haberse hecho mutuamente su retrato.

AÑO XV. 20.



Lucas de Leyde era muy rico. Su padre le había dejado una buena fortuna; su mujer le había traído un buen dote, y los aficionados pagaban generosamente sus trabajos. Esta brillante posición le inspiró el deseo de viajar por Flandes con un tren y boato de príncipe. Montó sobre un *Treckshvit*, ó sea gran barca holandesa, conteniendo una habitación; y se puso en camino.

Abordó primero á la isla de Watcherem, cuya capital se llama Middelborgh. Allí vivían el célebre Juan de Maubeuge y otros pintores que formaban una pequeña escuela. El recién llegado encargó un espléndido festín en casa del mejor fondista, y los convidó á comer.

Para obsequiarles se presentó en el banquete vestido con un traje de seda amarillo casi tan brillante como el oro: Juan de Maubeuge, aunque de poca fortuna, quiso eclipsarle: se presentó, pues, vestido de tela de oro, y su traje escitó la admiración de todos los convidados. El anfitrión juzgó bueno el chasco, y lejos de incomodarse, le propuso seguirle en su escursión, lo que el artista aceptó de muy buena gana.

El festín debió haber sido suntuoso, pues que costó sesenta florines, suma considerable para aquella época.

Lucas de Leyde y Juan de Maubeuge se detuvieron en Amberes, en Gante, en Malinas, en una palabra, en todas las principales ciudades flamencas. Por todas partes el célebre grabador convidaba y obsequiaba á los artistas de aquellas ciudades.

Un accidente terrible suspendió su viaje.

Fué acometido de un mal que se atribuyó al veneno, y que se resistió á todos los remedios. Jamás dejó de creer que algún envidioso había querido deshacerse de él. El natural celoso de los flamencos daba á su hipótesis una gran verosimilitud.

Desde aquel momento casi siempre guardó cama Lucas de Leyde: frecuentemente se lamentaba de su escursión á Bélgica.

Por no renunciar á su trabajo, se mandó hacer instrumentos que le permitieran trabajar sobre su ardiente le-

cho. Su obra maestra *El ciego de Jericó*, fué ejecutada en esta actitud desfavorable. Seis años luchó el gran pintor contra la muerte. Acababa de terminar su última plancha representando á *Palas*, y la tenía todavía entre las manos cuando espiró.

Parecía haber querido dar así una sublime prueba de su animosa é indomable pasión por el arte. Lucas de Leyde no tenía entonces mas que treinta y nueve años.

Se distingue de los artistas flamencos y holandeses que trabajaron durante el siglo XV, por una vulgaridad habitual y casi invariable. Los encantadores tipos de la escuela suya, son la piedad, la meditación, la mansedumbre, expresando tan bien su sentimiento ideal que parece la realidad.

Lucas de Leyde ve no solamente las cosas como son en sí, sino que aumenta la fealdad y la trivialidad de ellas. Elegía los modelos mas escéntricos, en lugar de elegir los mas nobles y delicados: los mismos episodios religiosos los trataba de una manera profana. Dibujaba con precisión y exactitud extremas, acentuando vivamente sus contornos. Su color es fino, brillante y suave.

En vida de Lucas de Leyde eran muy buscados sus grabados. Estudiábanlos para apropiarse su mérito. Mas tarde Guido confesaba sin reparo que se había servido de ellos para estudiar los trajes y la variedad de los tipos. El maestro daba por un florin de oro cada ejemplar de sus grandes piezas como *El baile de la Magdalena*, *El Calvario*, *El Ecce Homo*, *La Adoración de los Magos*. Estas láminas eran ya muy raras en tiempo de Basari. Desde entonces comenzó á aumentar su valor comercial: Rembrandt en una venta pública dió mil cuatrocientos florines por catorce pruebas de las principales láminas del buril de Lucas.

En la biblioteca imperial de Viena hay una estampa de la *Ester* que fué comprada en París en 1639 por doscientas quince libras.

Presentamos á nuestros lectores, además del retrato de este grande autor, un *fac simile* de uno de sus grabados publicado en 1512.

## ESTUDIOS RECREATIVOS.

### LOS DOCE HERMANOS.

SIGLO TRECE.

I.

Caía la nieve sobre las montañas de Bohemia, y el livido tinte de los cielos abreviaba todavía los días ya tan cortos del invierno. El castillo de Egra situado sobre la cumbre de una roca, recibía todavía los últimos rayos de luz, empero no penetraba en las profundas y abovedadas salas donde reinaba la oscuridad y el silencio.

Velaban las centinelas sobre las almenas: platicaban algunos sayones en la sala de armas alrededor del fuego que á lo Rembrant iluminaba sus varoniles rostros: hilaban en la rueca las criadas de la sala comun del castillo, y la cas-

tellana huyendo de su presencia se había retirado á la sala de caballeros donde se hacían ordinariamente los banquetes solemnes. Solo un gran fuego iluminaba por intervalos los sombríos muros entapizados de armaduras y trofeos de caza. La movable y vacilante llama cayendo sobre las paredes, parecía animar aquellas mudas panoplias, y se creía ver por intervalos brillar los ojos bajo los cascos, moverse los pliegues de las banderas, y agitarse los miembros de hierro de las sombras. La inmensa chimenea estaba coronada por las estátuas de San Aldalberto, el apóstol de Bohemia, y el santo mártir Wenceslao: encima del fogón se leían estas palabras que las daban mas energía las chispeantes llamas, *del fuego y de la ghenna eterna, libranos Señor*. Cerca de la chimenea se hallaba sentada la castellana en un gran sillón: pensativa, silenciosa, estrechaba sobre su pecho á su niño, que dormía con el mas tranquilo sueño.

En otro tiempo Ludgarda, la castellana de Egra, era hermosa entre todas las doncellas de Bohemia: los poetas



celebraban su belleza, los caballeros llevaban sus colores, y los mas nobles y valientes osaban solo aspirar á su alianza.

Pocos años se han pasado, pero un dia ha bastado para ajar la flor de la belleza de Ludgarda que ha sido marchitada bajo el soplo helado del pesar: durante esta noche de invierno, pálida, pensativa, mira dormir á su hijo, y las lágrimas ruedan de sus pálidas mejillas y caen sobre las frescas y sonrosadas del niño.

La campana de alarma del castillo acababa de dar las siete, cuando una señora al servicio de Ludgarda entró llevando una lámpara en la mano, y dijo respetuosamente á su señora:

—Mossen Uldarik acaba de llegar.

—Que entre, tengo prisa de hablarle, respondió Ludgarda.

Hizo aproximar una silla, y pronto un anciano vestido con el traje eclesiástico entró en el salon. Llevaba en su rostro el sello de la fatiga y de la tristeza: copos de nieve plateaban su vestido negro: saludó á la castellana con el afecto de un padre y la gravedad de un sacerdote.

—¿Y bien, padre mio? preguntó esta con ansiedad: y bien.....

—Señora y mi querida hija, respondió el anciano, he cumplido el objeto de mi viage, y he visto á aquel á quien me habíais enviado.

—¿Mi marido! exclamó ella: ¿le habeis visto? ¿le habeis hablado? ¡Oh padre mio! no me tengais en suspenso.

—He ido al castillo de Fredemberg, situado como sabeis sobre los límites de la Franconia y de la Bohemia, y allí he encontrado al señor margrave: le he trasmitido vuestras palabras, le he prometido el olvido de lo pasado: le he dicho que le aguardábais con un tierno afecto, y que podía comenzar una nueva vida para vosotros.....

—¡Ah! ¿Le habeis dicho todo, padre mio? ¿Sabe que le amo á pesar de sus culpas, tanto como le amaba el dia en que el sacerdote colocó mi mano en las suyas, lo sabe?

—Sí, hija mia, porque el casto afecto de una esposa puede espresarse por los labios de un sacerdote; lo sabe, y sin embargo.....

—¡Sin embargo, me arroja de su corazon y de su casa! Otra ha ocupado mi lugar.

—No lo ignorábais, hija mia.

—No, pero tenia esperanzas todavía.

Al decir estas palabras, la esposa abandonada vertió lágrimas, porque amaba á aquel que la repudiaba y que desatrazaba sin compasion su corazon altivo y fiel.

—El sacerdote la miraba con lástima: continuó por último:

—Hija mia, los ejemplos de los grandes son pérfidos, y vuestro marido al entregarse á una vida licenciosa, no hace mas que seguir las huellas de su señor y soberano. Su casa, como la del emperador Federico, está llena de trovadores, de paladines, y de mugeres sin pudor: sus dias están consagrados á los combates, sus noches ocupadas en orgías y festines.

—¡Perdon, señor! dijo tristemente Ludgarda; mi vida se pasará en orar por él, y en cuidar de nuestro querido hijo.

—¡Ay! noble señora, replicó Uldarik, aun no os lo he dicho todo: el Señor prueba á los que ama.....

Miróle ella con angustia, acercando mas estrechamente su hijo á su pecho.

Habíase despertado el niño: no hablaba todavía, pero miraba á su madre con ojos en que el amor se adelantaba al pensamiento.

—Hablad, la gracia del Altísimo me fortificará.

—El margrave pide á su hijo; quiere llevarlo á su lado, y antes de pocos dias vendrá á buscarle.

A estas palabras, la esposa dolorosamente resignada desapareció: solo quedó la madre irritada, fuerte, inflexible.

—¿Que venga! dijo, ¡que venga y me matará antes de consentir que me arrebate mi hijo! ¡Jamás, padre Uldarik, jamás! ¡Entregar á Gotfrier á su padre; arrojarlo en esa caverna de iniquidades, entre los trovadores moros, los astrólogos judíos y las mugeres perdidas, y envilecer su alma preciosa de que soy responsable ante Dios! No, hijo mio, luz de mis ojos, no te separarás de tu madre. Las fuertes torres y las almenas de Egra no sabrán defenderte; pero Dios que protege a los debiles, te protegerá. ¡Hijo querido, único afecto de mi corazon, pues que reemplazas en él á mi padre, á mi madre y á mi esposo, que he perdido; primero pasarán sobre mi cadáver que puedan llegar á tocarte!

## II.

Ocho dias habian pasado: el vigía que velaba en la cumbre de la almena de Egra, hizo señal de que divisaba una cabalgata que subia el sinuoso sendero y se adelantaba hácia el castillo: á la cabeza de la comitiva ondeaba una bandera con las armas de Fredemberg, y el margrave caminaba en pos de ella. Fueron á tomar las órdenes de la castellana.

—Que mi esposo y señor sea admitido en el castillo, dijo con tranquilidad, é introducido en la sala de los caballeros.

Fué obedecida, y pocos instantes despues el margrave entró con la visera levantada en la sala donde le aguardaba su esposa rodeada de sus damas de honor. Habia palidecido al verle, y él mismo pareció turbarse un poco; pero recorriendo su seguridad la dijo con tono breve y fuerte:

—Señora, sabeis el motivo que me trae á vuestro lado; vengo por mi hijo: conviene que sea educado en la casa de su padre, á fin de que aprenda con tiempo la caballería.

Ludgarda fijó sobre su marido una mirada firme y apacible.

—Venid, señor, por él, le dijo.

Y marchó hácia su gabinete, que una pesada cortina de cuero grabada, separaba del gran salon. Allí se presentó un extraño espectáculo al margrave. Seis canas tenia aquella estancia: en cada una habia dos niños vestidos lo mismo, y tan exactamente parecidos entre sí, que el ojo mismo de una madre no hubiera podido distinguirlos.

—Tomad vuestro hijo, dijo Ludgarda á su marido.

Miróla éste vacilando, pero reprimió las palabras violentas que asomaban á sus labios, y fué de una cuna á otra cogiendo los niños en sus brazos, examinándoles, dándoles vueltas, empero en vano; no puede distinguir á su heredero.

Buscaba inútilmente en aquellas infantiles facciones la



semejanza de su raza. Todos aquellos niños de seis meses se parecían: tenían los mismos ojos negros, megillas blancas y sonrosadas, una boca redonda humedecida con la leche todavía, facciones no formadas que parecían aguardar todavía los últimos golpes del cincel del escultor: pasaba de una á otra, pero en vano: alguno de aquellos niños lloraba, como el hijo de Aquiles á la vista del penacho flotante del caballero; otros reían al aspecto de sus relucientes armas; empero nada descubría en ellos al heredero de un gran señor, y de una poderosa rama. Eran todos iguales, como el cordero de una misma oveja.

—Os burláis de mí, señora, exclamó el margrave; yo no puedo reconocer á mi hijo entre estos doce niños; pero vos que le conoceréis os mando que me le designéis.

—Yo le conozco, dijo ella, sí, porque la madre solo conoce á sus hijos, pero primero sufriré mil muertes que enseñároslo! se paralizará mi boca y se secará mi mano antes que pronuncie una palabra, antes que levante un dedo para designar á mi hijo! Escuchadme. Cuando os casasteis conmigo yo era joven, me encontrásteis bella y era la única heredera de un vasto dominio y os amaba: sin embargo, me habeis abandonado y vendido, he sido agobiada por vuestros ultrajes; me habeis abandonado para entregaros con libertad á vuestras pasiones; todo lo he perdonado, os he conservado un corazón fiel, os he hecho ofrecer la paz y la reconciliación, podría todavía soportar mucho mas, perdonar mucho mas tambien: pero, oídlo bien, jamás os entregaré á mi hijo! Antes de abandonarle á las corrompidas manos de los que os rodean le dejaré toda su vida confundido con los hijos de nuestros vasallos de quienes he hecho sus compañeros y sus hermanos: con ellos labrará la tierra, trabajará con el sudor en la frente, pero permanecerá puro y piadoso, y le amaré mas humilde labrador temeroso de Dios que altivo caballero viviendo en la corte del emperador herege y corrompido! ¿Lo oís? me quedo con mi hijo, el único consuelo que Dios me ha reservado, alma preciosa de que tengo que dar cuenta.

Calló y nadie habló.

El margrave, murmurando sordas maldiciones, examinó todavía los niños pero en vano, y vencido por una muger y agobiado por el recuerdo de sus faltas abandonó el castillo y tomó con su comitiva el camino de Franconia.

### III.

Esto pasaba en los primeros años del siglo XIII. La castellana de Egra continuó viviendo abandonada; pero la soledad de su castillo feudal se hallaba animada por los doce niños que parecían hermanos no distinguiendo entre ellos á su hijo. A todos los prodigaba los mismos cuidados y la misma ternura: los temores maternos habian dominado en ella los impulsos involuntarios del corazón, y nadie hubiera podido notar una caricia, una palabra, una mirada, dirigida á uno de ellos en presencia de sus hermanos. Todos eran amados, ninguno parecia preferido. Les habia hecho tomar por la suerte los nombres de los doce apóstoles y cada uno de ellos no era conocido sino por el nombre del santo patron que tenia en el cielo.

Educados por Ludgarda, cuidados por su amor, eran piadosos y buenos, y el deseo de grandes cosas se desper-

taba en sus corazones: prestaban con gusto el oído á las relaciones venidas de lejanos paises, y muchas veces cuando se hablaba de la Tierra Santa, ó Jerusalem humillada, del Santo Sepulcro vuelto á caer en manos de los infieles, exclamaban:

—Madre, dejadnos marchar, queremos combatir por Cristo; ¡Dios lo quiere!

Los abrazaba jugando, y se sonreía de su infantil valor; pero un dia, un anciano escudero se dirigió á ella y la dijo:

—Noble señora, venid á lo alto de las almenas y vereis un espectáculo nuevo, niños predicando la cruzada y los doce apóstoles siguiéndoles.

Corrió, porque los doce apóstoles eran llamados en el pais sus hijos, todos tan queridos á su alma y entre los que se hallaba uno tan particularmente amado. Desde lo alto de las almenas vió en la llanura de Egra una innumerable multitud: eran niños de todas edades, desde el adolescente hasta el chiquitín de cinco á seis años. Marchaban en buen orden cantando: *Señor, exaltad la cristiandad y volved la verdadera cruz*; y á la cabeza sobre un carro adornado de colgaduras, se hallaba sentado un hermoso doncel de doce años «rodeado de guardias», con coraza y llevando la espada con la que parecia mandar con pleno poder aquel ejército infantil que queria ir á conquistar el Santo Sepulcro.

El ojo de una madre pronto distingue sus hijos; Ludgarda vió siguiendo al joven gefe los doce hermanos, fáciles de reconocer en sus túnicas de color de púrpura y en la cadenita de plata que llevaban al cuello.

—Hijos míos, exclamó tendiendo las manos.

—Oh señora, respondió el anciano escudero ¿qué prodigio es este? sea milagro ó maleficio, no podré decirlo; pero por donde quiera que pasan esos niños les siguen los demás y no se separan ya de ellos. Abandonan padre, madre, nodriza, parientes, amigos; no se les puede encerrar bajo de llave, ni los ruegos ni las amenazas los contienen ¡van á conquistar el Santo Sepulcro! ¡y quién sabe si la victoria tal vez está reservada á esos inocentes!

Ludgarda no dijo mas, se hizo abrir las puertas del castillo, bajó rápidamente la escarpada roca y llegó al llano donde permanecía en orden el ejército.

—Hijos míos, exclamó atravesando las filas, hijos míos, volved, no abandoneis á vuestra madre.

Los doce hermanos la oyeron, vieron sus lágrimas, sus brazos tendidos hacia ellos y vacilaron.

—Queremos ir á Jerusalem á libertar el sepulcro del Señor: ¡nuestra querida madre, dejadnos ir! exclamó uno de ellos.

—Pasaremos el mar á pie enjuto, dijo otro que parecia ya penetrado de las profecías derramadas entre aquella inocente tropa.

—Madre, pronto volveremos, dijeron todos juntos.

—¡No hijos, no hijos, respondió esta, es preciso volver! volved conmigo, hijos queridos, y mas tarde, mas tarde cuando seais grandes ireis á la cruzada.

Suplicábales con su voz y con sus lágrimas: no resistieron y separándose del ejército de cruzados siguieron á Ludgarda. Cuando hubieron entrado en el castillo contaron con el entusiasmo de su edad que aquellos niños venidos de todos puntos de Europa, conducidos por otro,



iba á las llanuras de París; desde allí á Marsella donde se embarcarían para la Palestina: pero que Dios, contento con su buena voluntad, secaría para ellos el abismo de la mar y les llevaría triunfantes sobre las murallas de Jerusalén. ¿No había bendecido Dios á los niños? su ángel de la guarda debía conducirlos y el buen Dios haría caer ante ellos las murallas.

—¿Qué desgracia la de no poder marchar con ellos! exclamaban los hermanos; ¡oh madre, que de cosas os hubiéramos contado á nuestra vuelta!

—Mas tarde, replicó esta; ahora, hijos queridos, id á dormir en paz bajo el techo de vuestra madre, llorad por esos huerfanitos ¡ay! tan dignos de lástima como sus madres.

Obedecieron los niños, y cuando todo el mundo se hubo retirado á dormir, Ludgarda entró poco á poco en el vasto salón donde reposaban los doce hermanos. Sus doce camas estaban coronadas cada una de la imagen del apóstol. Miró aquellas frentes dormidas, aquellos ojos cerrados, aquellas bocas entreabiertas: escuchó la respiración regular de aquellos pechos, tal vez se detuvo con mas amor delante de uno de los niños: empero solo su ángel de la guarda fué testigo de aquella involuntaria conmoción donde se revelaba á su pesar el amor materno.

A la mañana siguiente se despertó por grandes gritos; corrieron sus criados hacia ella vertiendo lágrimas, y mossen Uldarik, tomando la palabra en nombre de todos, exclamó con angustia:

—Noble señora, los niños se han marchado, se han huido por la poterna que sabían abrir, y sin duda se han reunido con los niños cruzados! ¡hablaban de ello con tanto fuego! no habrán podido resistir.

—¿Se han marchado! ¿Todos? preguntó Ludgarda con una ansiedad indecible.

—¡Todos!

—¡Oh! mi querido hijo Gotfried.

Al pronunciar estas palabras cayó desmayada: sus criados la rodearon y la llevaron á la cama. Enviaron por todas partes á buscar á los niños, pero no estaban en el ejército; se les buscó por todas partes, en los bosques, en los desfiladeros y en las montañas. Todo fué en vano. Se habían escapado sin duda por algun camino estraviado, y ni los hijos de los vasallos, ni el hijo del señor volvieron á parecer mas, y la voz que habia sido oída en Rama resonó en el seno de la esposa abandonada y de la madre en lo sucesivo sin hijo.

#### IV.

Así como al principio de esta relación la castellana de Egra se hallaba sentada solitaria cerca de su chimenea, sus manos acababan de abandonar la rueca y habia abierto un libro colocado sobre una mesa cerca de ella y leía atentamente estas palabras de Jeremías.

«Ha llorado amargamente toda la noche, sus lágrimas corrian por sus mejillas, de todos sus amigos no hay uno que la consuele. Los que la eran queridos la han abandonado y se han convertido en sus enemigos.»

—¡Ay! dijo, ¿no es esta mi suerte? el Señor lo ha querido, hágase su voluntad.

Sus ojos volvieron á fijarse sobre su libro y leyó este pasaje.

«Sus hijos han sido arrastrados á la esclavitud ante el carro de un dominador.»

—Oh hijos míos, dijo entonces ¿dónde estais?

Repasó en su memoria lo que la fama le habia contado de la cruzada de los niños.

Los vió marchando sobre los caminos, agobiados de fatigas preguntando á la vista de una ciudad y delante de las aguas:

—¿Es esta Jerusalem? ¿es esta la mar?

Y recibiendo por respuesta:

—Todavía no, caminad, adelante.

Los vió presa de las angustias del hambre, de los tormentos del arrepentimiento, recordando la casa materna, las caricias y los cuidados de que habia rodeado su infancia, marchando bajo los ardores del sol y la lluvia, con los pies descalzos, hechos los vestidos girones, llenando con sus pequeños cadáveres los fosos de los caminos por donde pasaban pudiéndoseles aplicar las palabras del profeta: «Los niños han pedido pan y no han encontrado ni quien se lo trajera.»

Recordó lo que se habia dicho de que embarcados en varios buques y transportados á Siria habian sido vendidos á los sarracenos como esclavos por aquellos á quienes se habian confiado; (1) lloró por aquella tropa inocente sin saber cuál habia sido, en tanto infortunio, la suerte reservada á sus hijos.

Fué distraída de estos sombríos pensamientos por la llegada á su cuarto de un servidor que acababa de entrar.

—Un peregrino, dijo, señora, pide la hospitalidad, vuelve de Palestina.

—Hacedle entrar, respondió ella, y decid al mayordomo que prepare la cena: el viajero tendrá hambre.

Se levantó para honrar á su huésped que entró casi inmediatamente.

Era un hombre de alta estatura, cubierto de una grosera túnica, cuyo tejido parecia el de un cilicio: tenia echada la capucha sobre el rostro y llevaba en la mano un báculo con una rama de palma, signo de peregrinación de ultramar.

Cuando estuvo á su lado aquel hombre levantó su capucha y dijo con voz baja y turbada:

—¿Me reconocéis, señora?

Se estremeció. Su esposo estaba delante de ella.

—¡Ay! dijo, ¿y sois vos? ¿después de tantos años sois vos?

El se arrojó á sus pies inclinando su frente hacia la tierra y la dijo con lágrimas:

—Yo soy vuestro indigno y desgraciado marido que vengo á implorar vuestro perdón á fin de atreverme á esperar en la misericordia de Dios.

Ella le alargó la mano.

—Mi esposo y señor, dijo levantándole, os perdono con

(1) Dos mercaderes marseleses, Hugo Ferce y Guillermo Ponce, tuvieron el inicuo pensamiento de aprovecharse de la sencillez de aquellos niños; ofrecieron transportarles gratuitamente á Oriente y los embarcaron sobre siete buques. Dos de estos navios fueron sumergidos por una tempestad, los otros cinco abordaron á Alepo, donde los mercaderes vendieron á los niños como esclavos á los sarracenos. Muchos de ellos fueron martirizados por la fe, y otros continuaron en practicar su religion en los trabajos de la cautividad. Los dos negociantes, habiendo tramado un complot contra el emperador Federico II, perecieron en el suplicio.



toda mi alma; bendito sea Dios, que os ha vuelto á traer á mí. ¡Ojalá hubiese permitido que hubiese podido entregar en vuestros brazos á nuestro hijo.

Desfizose en lágrimas: la sentó á su lado y lloró con ella diciéndola:

—No hablemos de él y estad segura, mi noble señora, que yo no puedo mas que aprobar vuestra conducta. Yo no era digno de poseer el hijo á cuya madre habia ofendido tanto. ¡Pero si supiéseis cuántos remordimientos os han vengado! Vuestra imagen me ha llevado á Dios y os debo hasta el arrepentimiento que me trae á vuestras plantas y os debo hasta la penitencia que practicaré el resto de mi vida.

La castellana no respondió porque su alma se hallaba agobiada por aquella entrevista con el esposo amado de su juventud, el que conociendo la profunda emocion de su corazón por el dolor y la alegría que experimentaba, continuó:

—Cuando la gracia del Altísimo me ha visitado, he hecho voto de reparar las faltas que habia cometido y hacer la peregrinacion á Jerusalem á pie y mendigando porque no me atreva á solicitar vuestro perdon que sabia no merecer; pero llegado á Palestina he temido no volver á veros mas.

Después de haber adorado los Santos Lugares, troqué el báculo por la espada y en un combate dado en las inmediaciones de Beiruth fui hecho prisionero. Estaba herido de un tiro de ballesta y me pusieron en un calabozo profundo sin socorro y sin tener el menor cuidado por mi vida. Una noche dormia con un profundo sueño cuando me despertó un movimiento singular. Me incorporé sobre mi miserable cama y á la claridad de la luna ví que no estaba solo. Hallé á mi lado un niño que inclinado sobre mi pecho venia á chupar mi herida. Creí ver un ángel de Dios y exclamé en alemán:

—¿Quién sois, en nombre del cielo?

Me respondió en la misma lengua:

—Un niño cristiano prisionero como vos. Os he visto traer el otro día á esta prision y he oído decir que vuestra herida habia sido hecha por una flecha envenenada; entonces me he deslizado por la ventana del calabozo y he chupado la llaga á fin de salvaros.

—¡Oh, generoso niño, moriréis por mí y por mi causa!

—No, me respondió con una sonrisa celestial, los saracenos dicen que el veneno tomado por la boca no mata. Vivireis, volveréis á Europa, sereis rescatado por los de vuestra nacion y llevareis noticias mías á mi madre.

—¡A su madre! dijo Ludgarda con voz conmovida.

Su esposo la miró con dolor y continuó:

—Pregunté á aquel niño y hé aquí la relacion que os repito fielmente.

«Ignoro mi nombre, dijo; fui criado por una noble señora bohemia con once niños á los que llamaba mis hermanos. Uno de ellos era hijo de la castellana, pero ni aun ella sabia cuál era, y todos éramos alimentados por nuestra madre con la misma ternura y el mismo amor. Un día vimos pasar por el castillo de Egra niños que iban á conquistar la Tierra Santa. Los seguimos á despecho de nuestra madre y después de muchas fatigas, peligros y padecimientos, sin número llegamos á Egipto. En lugar de ir á libertar el Santo Sepulcro, nos vendieron á señores erue-

les. ¡Oh, cuánto mis hermanos y yo hemos echado de menos las dulces palabras de nuestra madre! solo de los doce he sobrevivido yo: tres de mis hermanos han muerto de la peste, dos se han ahogado en el Nilo, donde desapiadadamente los habian arrojado; tres han perecido de fatiga y de cansancio al atravesar el gran desierto: otro ha muerto de hambre y sed en la prision y dos han sucumbido en el martirio porque rehusaron blasfemar de Jesus y su Santa Madre. ¡Santos mártires, hermanos queridos, rogad por mí!»

—¿Y vos? exclamé yo enternecido y no atreviéndome á revelarles mi nombre.

—Yo aguardo la muerte porque me quieren hacer apóstata; rogad por mí. Amanece el día y es preciso me retire.

Y ligero cual una sombra aquel niño, mi hijo tal vez, salió del calabozo. Creia que un ángel habia pasado la noche conmigo. No le volví á ver más.

Algunos dias después por la mañana oí un débil gemido cerca de la ventana de mi prision: me dirigí á ella arastrando y ví al niño que yacia sobre el suelo ensangrentado, cubierto de llagas y dispuesto á entregar su alma á Dios. Me oyó y se sonrió conmigo todavía.

—¡Ya lo veis! me dijo, me han muerto porque no quiero servir á Mahoma. He querido veros..... me he esforzado en llegar hasta aquí..... tomad esta cadena de plata..... siempre la he llevado oculta bajo mis vestidos..... llevadla á vuestra vuelta á Europa á la castellana de Egra y decidla que su hijo Juan ha muerto bendiciéndola y rogando á Dios por ella.

—¡Juan! exclamó Ludgarda palideciendo, era vuestro verdadero y mi único hijo.

Cogió la cadena que la presentaba el margrave y abrió el broche por un resorte secreto.

—Hé aquí, dijo, la reliquia de la verdadera cruz que yo he puesto al cuello de mi hijo. ¡Oh, mi bienaventurado niño mio! ¡No le volveré á ver mas! ¡Jamás le abrazaré ya en el mundo! ¡Querido hijo Gotfrier, llama á tu madre á tu lado!

Aumentábase el dolor del padre que no habia podido reconocer á su hijo muriendo á su misma vista y lloró con ella: gemia á la vez sobre los estravíos de su vida y sobre los castigos que habian sido la consecuencia.

—Ha muerto mártir de su fé, ha muerto heroicamente; y sin embargo que no le conocí, le lloré como si hubiera sabido que era mi hijo.....

—¡Ay! dijo ella, nos aguarda en el cielo; cuánto deseo ir á reunirme con él!

Aquí concluye la historia; los dos esposos unidos en lo sucesivo por el santo amor de Dios se separaron todavía para encontrarse eternamente. El margrave Fedemberg entró en la orden de los caballeros teutónicos distinguiéndose á poco como un piadoso cristiano y valiente caballero. Su muger Ludgarda entró en la religion de las pobres descalzas que Clara, la hija del grande San Francisco de Asis acababa de fundar. Allí vivió largo tiempo en la penitencia y en la oracion y murió con la muerte de los predestinados invocando á su querido hijo, mártir de Jesucristo.

EL CONDE DE FABRAQUER.



## CAPUA.

La ciudad de Cápua, cuyo nombre prueba la alta antigüedad si se la toma del nombre de *Capis*, uno de los compañeros de Eneas, lo que la da grande importancia, siendo mayor todavía si se la hace derivar de la palabra latina *caput*, es célebre en los anales de la antigua Italia. Todos los historiadores han alabado el esplendor y los encantos de la feliz ciudad de la Campania: jamás se halla su nombre escrito sin estar acompañado de exclamaciones laudatorias y de los epítetos de *bella*, *rica*, *voluptuosa*. La afeminada Sibaris y la muelle Agrigento apenas tienen tanta fama; empero todas estas fórmulas de admiración por apasionadas que parezcan, no son sino las débiles pruebas de la prosperidad de Cápua.

Los hechos hablan todavía mas alto que las palabras. Sus delicias, que quedaron en proverbio, han salvado á Roma y tal vez cambiado los destinos de la antigua Italia. Annibal y los cartagineses cuando entraron en Cápua, no pudieron resistir á sus placeres; mejor quisieron gozar de la victoria de Cannas y aprovecharse de ella que ir á conquistar á Roma, de que hubieran podido hacerse dueños si inmediatamente hubiesen marchado contra ella. Cuando las delicias de Cápua habían conseguido aquel triunfo sobre la rudeza de los cartagineses y sobre la política de su jefe, ya aquellas delicias habían dominado la disciplina romana: las tropas que habían invertado en aquella risueña y placentera ciudad, se habían insurreccionado por no abandonarla. Querían los soldados fundar allí una colonia, una patria, porque despues de haber vivido en Cápua no creían que pudiera vivirse en otra parte.

La fertilidad de los campos, lo suave del clima, que hacían de aquella ciudad una mansion de felicidad, eran por otra parte funestos dones para ella, haciéndola objeto de envidia y atrayendo sobre sí la atención y la codicia de los diferentes pueblos que dominaron sucesivamente la parte meridional de la Italia. Los samnitas habían arrojado de allí á los tirrenos que habían sido los primeros habitantes. Los romanos habían sucedido á los samnitas; despues habían venido los cartagineses é quienes los romanos vinieron á reemplazar de nuevo. Todas estas mudanzas de dominación fueron objeto de calamidad para Cápua. Sobre todo, tuvo que sufrir terribles males cuando los romanos volvieron allí despues de la retirada de los cartagineses. Annibal les había prometido hacerla capital de la Italia cuando hubiese destruido á Roma. Los romanos la hicieron espiar cruelmente la esperanza ambiciosa que había concebido.

Saqueada la ciudad y despoblada quedó como un monumento de la venganza romana. No habían bastado siglos para borrar aquellos desastres, cuando Genserico, rey de los vándalos, la dió los últimos golpes (455). Fué entonces tan completa su ruina que no se trató ya de repararla. Sus restos fueron abandonados y sirvieron solo de materiales para construir una nueva ciudad, que ha conservado hasta nuestros días el ilustre nombre de Cápua.

La antigua ciudad, la ciudad de los samnitas, de los romanos y de los cartagineses, había dejado de existir para siempre el día en que la mano de los vándalos había pesado sobre ella, y hasta su nombre, que había dejado al lugar

que ocupaba entre el Vulturno y el Clanio, está cambiado hoy en el nombre cristiano de Santa María.

Catorce siglos de destrucción han pasado sobre aquel sitio donde existió la antigua Cápua, y sin embargo, no solo no ha desaparecido todo vestigio sino que los restos que ha dejado, tan degradados y mutilados por la larga acción del tiempo, atestiguan todavía cuanta fué su magnificencia. Hay sobre todo una construcción que, bien considerada en su conjunto y sus detalles, da una idea del esplendor arquitectónico de la ciudad. Este monumento es tanto mas precioso cuanto que caracteriza mejor á Cápua. Ocupados antes que todo de los placeres los habitantes de aquella ciudad, habían buscado todo cuanto pudiese contribuir á aumentar sus goces. Las distracciones de la vida y el honor, ó mas bien el deshonor, de haber inventado el combate de los gladiadores, se les atribuye generalmente. Ellos fueron los maestros de la Italia en el arte de variar los juegos del circo, de disponer los anfiteatros: á ellos debieron los antiguos la idea de estender velos (*velaria*) sobre las gradas y tribunas para proteger á los espectadores contra los rayos del sol.

Las ruinas de un anfiteatro convenían mejor, por decirlo así, que los vestigios de cualquiera otro monumento, para marcar el sitio donde se alzaba Cápua, y por una casualidad bastante particular, un anfiteatro es el único de sus edificios que ha permanecido en pie y que conserva sus formas.

Este anfiteatro, que los críticos consideran como uno de los mas hermosos de toda Italia, y que ha servido de modelo para la construcción de los demas, ofrece un óvalo regularmente dibujado. Son vastas y combinadas sus proporciones. Tiene interiormente doscientos cincuenta pies de longitud sobre ciento cincuenta de ancho, y el espesor de los edificios y de las bóvedas pasa de cincuenta pies.

El edificio está construido de ladrillo y revestido de anchas piedras blancas que presentan á la vista el aspecto del mármol. El trabajo estaba tan sólidamente hecho, que á pesar de la destrucción debida á la mano del hombre, y á pesar de los estragos de los siglos ha resistido mucha parte con admirable vigor: tales son las galerías circulares, las bóvedas que sostenían las escaleras, las jaulas ó cavernas donde estaban encerradas las bestias feroces. El estado de buena conservación de estas partes es tanto mas notable cuanto que contrasta con las ruinas enteras de algunas otras. La arena está tambien llena de los restos reducidos á polvo y se ha alzado tanto el suelo que no se descubre nada de la pared ó barrera que había alrededor, bastante semejante á las barreras de las plazas actuales de toros y que servían para garantir á los espectadores de los ataques de las fieras.

Nótanse hácia el medio algunos vestigios de construcción que no se encuentran en ningún otro anfiteatro y cuyo uso no han explicado todavía los arqueólogos de una manera satisfactoria. El circo de Cápua, al que se entraba por cuatro entradas principales, estaba adornado, segun se puede juzgar por la parte que se ha conservado, con una sencillez varonil y severa.

Una de las puertas, cuyo conjunto puede todavía observarse, presenta dos arcos iguales del orden toscano, adornados en su cúpula con bajos relieves que figuran una cabeza de Diana y otra de Juno. Las fachadas exteriores estaban adornadas de columnas, como lo demuestra un resto



de columna y un chapitel que han quedado cerca de la puerta que acabamos de describir.

La distribucion interior de los anfiteatros, que permitia á gran número de personas refugiarse en ellos como en una fortaleza, y que facilitaba la defensa, los habia convertido en ciudadelas durante las guerras de la edad media. El de Nîmes aun presenta las señales de las hogueras que Carlos Martel hizo encender para arrojar á los sarracenos que se habian retirado allí.

Estos mismos conquistadores habian transformado tambien el anfiteatro de Cápua en un castillo fuerte desde donde hostilizaban al país, y fué preciso un sitio y un asalto para arrojarlos. Desde entonces, en diversas épocas, ladrones establecieron su guarida en las cavernas que habian habitado las bestias feroces. Ahora solo el viajero curioso es el que va al anfiteatro de Cápua y escala con gran trabajo las ruinas para gozar desde aquel punto elevado de una magnífica perspectiva, de la confluencia de las aguas del Vulta y divisar en lontananza los magestuosos campos del Vesubio.

Algunos otros restos de las antiguas ruinas conservan todavía el recuerdo de aquella feliz ciudad. Nótase sobre todo en el centro de un monte el resto sin forma y sin nombre de arcos de imponente aspecto que dependian, segun la tradicion, de la puerta principal de la ciudad. Llamábase *Hornacina*, protegida tanto en el exterior como en el interior de aquellos arcos inmediatos, y nada se habia omi-

tido para que aquella entrada, que era la principal, correspondiese á las riquezas de sus habitantes y á la belleza de sus monumentos.

No solo en el sitio que ocupaba la antigua ciudad se encuentran vestigios de ella: la nueva ciudad, al arrebatarse su nombre; se ha adornado tambien con sus despojos, y los modernos constructores no se han tomado la pena ni de cambiar su forma ni el carácter de los materiales de que se servian. Casas particulares, vulgares, se ven incrustadas con hermosas piezas de mármol, algunas veces cargadas de inscripciones que revelan su antigüedad y pasado esplendor. Innumerables y mezquinas puertas están sostenidas con restos de arcos adornados de esquisitas esculturas, y los guardacantones de las calles están formados de trozos de columnas. La misma arquitectura sagrada no ha desdenado tomar prestados materiales á la antigua Cápua. Una iglesia de la Asuncion se levanta sobre la base de un templo dedicado á algun dios pagano, y cuando se observan con detencion los bajos relieves que decoran el sepulcro de algun santo, se reconoce bien que aquel asunto está trazado por algun gentil y que es la historia de la caza de Meleagro.

Son menos perdonables estas depredaciones ejecutadas por la nueva ciudad cuanto que no ha sabido aprovecharse de sus artes, y la riqueza estrangera de que se ha adornado no viene bien con su aspecto modesto.



Anfiteatro de Cápua.